

Capítulo 15

TRAS LAS FRONTERAS: AÑOS FINALES

Puedo indicar que creo que todos en la guardia nos encariñamos con él. Participaba en actividades con nosotros, como el ping-pong y el baby fútbol. Hablamos mucho, nos contaba sus cosas y desarrollamos una especie de amistad. Para mí el caso de Jaccard me marcó, ya que en mi opinión no había razón para matarlo y además me había encariñado con él.

GUARDIA EN EL CENTRO DE EXTERMINIO
«CUARTEL SIMÓN BOLÍVAR» DE LA DINA

El servicio de inteligencia militar (601) de Argentina contactó a su par brasileño para realizar una operación en Río y así apresar a dos montoneros que llegaban de México. Los brasileños le concedieron permiso y un equipo especial de argentinos voló a Río.

OFICIAL DE SEGURIDAD DE ESTADOS UNIDOS

Paulina y Alexei se enamoraron muy jóvenes en Concepción. Ella aún estaba en el liceo y Alexei comenzaba sus estudios de economía en la Universidad de Concepción. Era una pareja llamativamente atractiva, inseparable y políticamente activa. A sus dieciséis años, Paulina era presidenta de la federación de estudiantes de su colegio, y ya una figura en ascenso en la Juventud Socialista. Alexei llegó a la militancia comunista como muchas personas adoptan su religión: era una indiscutida tradición familiar. Su padre, profesor de inglés y asiduo lector de la historia rusa, había emigrado desde Suiza siendo un niño, y absorbió la política en el entorno sindical de las industrias del carbón y naviera en la zona de Lota-Schwager-Concepción. Nombró a su hijo Alexei Vladimir en honor a los rusos revolucionarios que admiraba.

Pero la política no era la preocupación central de Alexei, ni siquiera ante la embriagadora energía del gobierno de la Unidad Popular en los setenta. Para complementar los ingresos familiares, había comenzado un pequeño negocio agrícola. Le gustaba trabajar con sus manos y era un hábil carpintero.

A Paulina Veloso le gustaba comentar lo atractivo que era. «Mucha gente en Concepción nos ubicaba como pareja, porque además era un hombre muy buen mozo y muy visible. Era alto, un metro ochenta y tres, rasgos finos, piel clara; en fin, un joven de gran atractivo físico». No mencionó que su propia belleza juvenil también atraía las miradas de los demás.

Alexei hablaba con todo el mundo, le gustaba la gente y les simpatizaba a quienes lo conocieron. En 1977 sería el blanco de una de las operaciones transfronterizas más grandes de Cóndor, que involucró a dos países europeos y tres países miembros Cóndor, dieciséis víctimas fatales y un centro de detención tan secreto que fue descubierto recién en 2005. Cuando algunos de los guardias de esa prisión chilena prestaron declaración, dijeron que se encariñaron con Alexei Jaccard, e incluso uno señaló, años más tarde, que se sintió triste cuando supo que había sido ejecutado.

Alexei fue uno de los miles de militantes comunistas arrestados y recluidos en campos de detención en los días y semanas posteriores al golpe. Fue liberado a fines de diciembre de 1973 y decidió irse de Chile. La ciudadanía suiza de su padre le permitió obtener un pasaporte de ese país. Viajó primero a Argentina, y en septiembre de 1974, se trasladó a Lausana, en las orillas del lago Lemán. Paulina lo siguió hasta allí cuando cumplió los dieciocho años, y se casaron en enero de 1976. Él continuó sus estudios de economía en la universidad, y ambos participaron en actividades de solidaridad para ayudar a otros refugiados sudamericanos a instalarse en Suiza.

Alexei nunca ocupó un puesto dirigente en el Partido Comunista, ni en Chile ni ante el creciente número de exiliados. Pero como militante, se sometía a la disciplina partidaria y participó en las organizaciones del partido en el exilio. Fue una sorpresa, entonces, cuando, a mediados de 1976, cortó vínculos completamente con el partido local, diciéndoles a sus compañeros que no podía asistir a las reuniones porque se sentía enfermo. Era una falsa excusa que fue muy criticada en su núcleo partidario. Alexei le confidenció a Paulina que la dirección del partido, con sede en Moscú, lo había contactado secretamente. Lo habían pedido como voluntario para una importante misión que requería que pareciera públicamente alejado de los comunistas. Un integrante del Buró Político y exministro en el gobierno de Allende, Américo Zorrilla, viajó desde Moscú para reunirse con él. Otro comunista chileno, que solo conocía como «Sasha», llegó desde París para las reuniones, le comentó a Paulina. Hubo reuniones periódicas en un departamento en Ginebra, arrendado especialmente para servir de casa de seguridad. No le contó todos los detalles a su esposa, pero le dijo que el partido quería que viajara a Argentina y Chile, utilizando su pasaporte suizo, como parte de una intrincada operación clandestina para apoyar al Partido Comunista en Chile. Él accedió.

UN PARTIDO COMUNISTA EN CRISIS

La dirección clandestina del partido en Chile había sufrido una serie de grandes golpes y estaba bajo enorme presión a fines de 1976. El máximo dirigente en Chile, Víctor Díaz, y tres estructuras directivas consecutivas habían sido descubiertas y destruidas en campañas de la DINA efectuadas en mayo, agosto y diciembre de ese año. La situación era tan grave que después de la caída de la tercera estructura en diciembre, no quedaban nuevos dirigentes para el relevo. El flujo de dinero desde el partido en el exilio, con base en Moscú, se había prácticamente paralizado porque ya no había ningún medio seguro para transferirlo, usualmente dólares estadounidenses, desde Europa a sus destinatarios en Chile.

Noventa militantes comunistas fueron detenidos y «desaparecieron» en ese periodo. Cientos de militantes de base fueron capturados y torturados para extraerles información. Se acababa el dinero, y el sistema de casas de seguridad, financiamiento y comunicaciones había sido penetrado una y otra vez. Se presumía que las estructuras que quedaban estaban seriamente comprometidas. Se constituyó una débil dirección partidaria ad hoc, pero la responsabilidad de reconstruir las estructuras del partido y restablecer los canales de financiamiento y comunicaciones recayó sobre la sección exterior del partido en Europa.

Esa era la crucial tarea para la que el joven Alexei Jaccard había sido reclutado en un papel clave. Era un plan ambicioso, desarrollado por la «dirección externa» en Moscú, adonde había llegado recientemente el secretario general del partido, Luis Corvalán, luego de haber sido liberado de prisión en Chile y canjeado por un disidente soviético. Bajo el liderazgo de Corvalán, el partido había seguido un consistente camino de resistencia no violenta, en continuidad con su papel en el periodo de Allende, en que abogó por negociaciones y acuerdos con la opositora Democracia Cristiana. La represión de la DINA hacia los comunistas en 1974 y 1975 había sido mucho menos intensa que aquella desatada en contra del MIR y el Partido Socialista, y las actividades partidarias se habían centrado en apoyar al otrora poderoso

movimiento sindical, cuyo liderazgo había sido diezmado con ejecuciones y detenciones masivas desde el golpe. La estrategia del partido fue de mantener un bajo perfil; su dirección se acomodó a una estable y poco amenazante existencia clandestina.

Jaccard fue reclutado para asumir el papel de agente secreto en una importante operación del partido lanzada desde Europa para establecer una base en Argentina que apoyara las debilitadas estructuras partidarias al interior de Chile. Con la relativa protección que ofrecía su pasaporte suizo, se pensó que Alexei podría atravesar la frontera ida y vuelta a Chile de forma segura. Sería un agente en terreno, un «correo», un enlace que conectaría la nueva base en Argentina con la nueva dirección en Chile.

El líder de la operación era Ricardo Ramírez, uno de los integrantes más experimentados del partido. Había sido jefe de su aparato de inteligencia y llevaba dos años en el trabajo clandestino en Chile. A comienzos de 1976 el partido le ordenó salir de Chile al exilio en Hungría y pasó gran parte del año preparándose para su nueva misión en Argentina. Su lugarteniente era Héctor Velásquez, también exiliado en Hungría. Ambos ya se encontraban en Buenos Aires.

La nueva base reforzada en Argentina debía mantenerse estrictamente compartimentada de las actividades del exilio chileno en ese país. Ramírez y Velásquez viajaban con pasaportes húngaros con identidades falsas. Los hombres tenían dos objetivos: reinstalar una dirección superior compuesta por experimentados militantes comunistas provenientes de Europa. Otros cuatro dirigentes del partido, miembros del comité central, llegarían después. La idea era que la nueva dirección operara en Argentina y en Chile, transmitiendo instrucciones —y más significativamente, fondos— al partido en Chile. También debían implementar el plan del partido de restaurar el flujo de dinero una vez que la dirección en Europa hubiese resuelto los detalles.

La misión financiera era mucho más compleja que el proyecto de reconstruir la dirección del partido, y requería de la colaboración de personas que no formaban parte del aparato partidario. La figura clave de esta misión era un próspero banquero y financista chileno, Jacobo Stoulman, de cuarenta y tres años. Stoulman había trabajado para el Banco Israelita en Chile, había vivido en Israel durante varios años, y tenía parientes cercanos en Nueva York. Aparentemente desinteresado en la política, Stoulman incursionó en el mercado negro del dólar durante el gobierno de Allende, y después del golpe se hizo un lugar en el circuito de las finanzas internacionales. Con varios socios chilenos, fundó Cambios Andes, un negocio de inversiones y cambio de divisas con sucursales en Santiago y Buenos Aires. Entre sus amigos en la comunidad judía había hombres de negocios que apoyaron el golpe militar en Chile y participaron en el régimen de Pinochet, pero también tenía amigos que simpatizaban con el gobierno de la Unidad Popular. En este segundo grupo estaba un excolega del Banco Israelita, Jacobo «Yasha» Rosenblum, militante del Partido Comunista y exiliado en París.¹

El problema del partido a fines de 1976 no era la falta de financiamiento, sino el desmoronamiento de los canales para ingresar dinero a Chile. La fuente de los fondos no era un misterio. Se trataba de dinero recaudado por el partido en el exilio entre sus adinerados simpatizantes en Europa y los países socialistas, principalmente en la Unión Soviética y Alemania Oriental. Enviar los fondos vía valija diplomática o mensajero personal ya no era factible. Zorrilla elaboró un plan para abrir un canal nuevo y seguro para trasladar grandes cantidades de dólares desde Europa a Chile. Para ello reclutó a Rosenblum, quien le contó que conocía a la persona perfecta para ayudar a instalar y operar la red financiera, su viejo amigo Jacobo

¹ Otra conexión de Stoulman con el partido era a través de su socio en Cambios Andes, León Dobry. El primo de este, Enrique Dobry, era militante comunista y había trabajado en el gobierno de Allende antes de exiliarse en Colombia. León Dobry y Stoulman ayudaron a transferir dinero a Enrique, proveniente de la venta de su casa en Chile, a través de bancos suizos y estadounidenses. Enrique Dobry declaró en su testimonio que consideraba a su primo León y a Stoulman como «operadores del sistema» de transferencias financieras internacionales. Testimonios en el juicio Cóndor en Chile (JCC) de Enrique y León Dobry.

Stoulman. David Canales, miembro del equipo de Zorrilla, atestiguó sobre esta operación muchos años después:

Yasha incorporó a Jacobo Stoulman en este esquema, con posterioridad al golpe de Estado, aprovechando el hecho de que Stoulman tenía una sólida y real cobertura como operador financiero, además de tener un patrimonio propio y relaciones bancarias a toda prueba. Le había conocido en el Banco Israelita antes del gobierno de Allende y a Yasha le cautivó la personalidad fuerte, el carácter independiente y emprendedor de Stoulman, unido a su espíritu probadamente solidario y progresista. En la etapa de preparación de este mecanismo, Jacobo Stoulman se entrevistó personalmente y a solas con Yasha en noviembre de 1976, fecha en que Stoulman viajó a Europa, pasando por Suiza.

Stoulman aceptó. En esa reunión en Ginebra, Rosenblum y él crearon un sistema de transferencias financieras que sería seguro y legal. Para Stoulman, era una propuesta potencialmente lucrativa, para la cual contaba con las conexiones necesarias en el mundo financiero. Según Canales, no violaba leyes ni regulaciones bancarias —era perfectamente legal, salvo, por supuesto, la última fase de traspasar el dinero a un perseguido partido clandestino que luchaba en contra de la dictadura en Chile—.

Abrieron cuentas en bancos internacionales en Europa para recibir el dinero, que sería transferido a cuentas controladas por Stoulman en Argentina. Según registros judiciales, las instituciones financieras involucradas en la nueva red incluían al Banque pour l'Industrie et le Commerce en Ginebra, Israel Discount Bank y Bank Julius Baer de Nueva York, y sucursales de Cambios Andes en Chile y Argentina, además de otros bancos no identificados en Luxemburgo y Argentina. La parte más complicada era la etapa final: traspasar el dinero en dólares a Chile y cambiarlo a la divisa local. Luego, la empresa de Stoulman tendría que desembolsar fondos periódicamente a operativos clandestinos del partido, lejos el aspecto más peligroso y riesgoso de la operación, que se tornaba aún más precaria por el debilitado estado de la estructura partidaria en Chile.

Canales declaró que una parte del sistema ya estaba operativa a fines de 1976 y se estaban acumulando fondos en Argentina. Pero la represión dirigida a la dirección del PC había roto los vínculos con la estructura interior del partido, y el dinero no podía enviarse de manera segura desde Argentina hacia Chile usando el último dispositivo de la red. No obstante, el dinero continuaba llegando a las cuentas en Argentina, resultando en abultados balances. Canales describió el problema del dinero en una entrevista:

Desde mayo de 1976, a raíz de la debacle de la dirección clandestina del PC, el flujo de ayuda en dinero desde el exterior a Chile se detuvo, al menos en su forma regular. En esa época, como todos los años, desde 1974 en adelante, el PC hizo una campaña financiera y reunió en esa oportunidad entre la emigración una suma cercana a los quinientos mil dólares, que debieron fluir en fraccionadas partidas a Chile, aunque esto no fue posible [de] materializar. Por otro lado, los comunistas chilenos recibimos, a título de solidaridad, un monto similar de dos o tres partidos homólogos en ese periodo. La suma de todo estuvo en condiciones de ser entregada fraccionadamente a nuestra gente en Chile a partir de la última parte de 1976. De modo que a principios de 1977 comenzamos a depositar en bancos comerciales en Argentina estas sumas de dinero a disposición de distintas personas que se prestaron para ese flujo. Una de esas personas era Jacobo Stoulman.

Con Ricardo Ramírez recientemente instalado en Buenos Aires, Zorrilla dio la orden de enviar a Alexei Jaccard a su misión en Buenos Aires y Santiago con la información necesaria e instrucciones para restaurar el flujo de dinero. Canales declara:

Puesto en marcha el proyecto, para montar el dispositivo final hacía falta incorporar a una persona distinta, que no fuese conocida ni ligada al aparato de seguridad ni a las finanzas comunistas. El destinado para ello fue Alexei Jaccard Siegler, joven comunista oriundo de Concepción... Era un hombre joven lleno de energía y confianza en su propia fuerza de carácter, en su habilidad para sortear los riesgos del trabajo político.

Jaccard, en reuniones con Rosenblum y otros cuadros operativos enviados desde Moscú, recibió instrucción básica en actividades clandestinas. Debía viajar con su nombre verdadero, usando su pasaporte suizo. Reemplazó sus jeans y poleras de estudiante por trajes acordes a un joven, próspero empresario, y recortó su descuidada barba de antaño.

Aunque su madre y hermana vivían temporalmente en Argentina, tratando de juntar dinero y documentación para exiliarse en Europa, Alexei fue instruido de no tomar contacto con ellas.

Su misión, según Canales y otras fuentes, era juntarse en Buenos Aires con Ricardo Ramírez y, en Santiago, con Jacobo Stoulman. No conocía personalmente a ninguno de los dos y ellos tampoco sabían de la existencia de uno y otro. Alexei llevaba la información detallada que necesitaban los dos hombres para trabajar juntos. Se le dijo que ese sería el primero de una serie de viajes regulares que haría a futuro:

Alexei no era un correo que transportara dinero, en lo absoluto. En ese terreno se comprende el valor de Jacobo Stoulman, que estaba en condiciones de hacer encajes de divisas de Chile a Argentina y viceversa. La tarea de Alexei implicaba dar a conocer a Jacobo la frecuencia, los montos y destinatarios de las remesas que se le iban a depositar en Argentina.

El 14 de mayo de 1977 se despidió de Paulina. Para su reunión con Ramírez, Jaccard llevó consigo la ansiosamente esperada información sobre el nuevo esquema de financiamiento y la manera en que funcionaría. También portaba una buena cantidad de dinero en efectivo, alrededor de veinte mil dólares, para sus gastos de viaje y otros propósitos. Una parte estaba asignada a la operación de Ramírez y otra debía llevarse a Chile.² Lo único que le dijo a Paulina fue que su misión lo llevaría a Buenos Aires y a Chile, y que tenía pasaje de regreso para el 26 de mayo. Viajó de noche desde Milán a Buenos Aires y arribó a la capital argentina temprano en la mañana del domingo 15 de mayo.

PENETRACIÓN DEL CÓNDOR

La DINA y el Batallón 601 de Argentina, coordinando sus acciones en Operación Cóndor, parecen haber detectado la operación del Partido Comunista prácticamente desde su nacimiento. En 1977, ambas agencias se estaban enfocando en Europa y en las actividades de financiamiento y de propaganda antidictadura levantadas por grupos de exiliados en ese continente. Como se vio en el capítulo anterior, más o menos en esa época, Argentina llevaba a cabo una operación para confiscar sesenta millones de

² La suma de veinte mil dólares se menciona en varios relatos, incluyendo los de los guardias que conversaron con Jaccard en el cuartel Simón Bolívar en Chile. Esta cantidad de dinero excede con creces lo que necesitaría para gastos de viaje, y sería un monto insignificante para apoyar al partido en Chile. Uno de los comunistas chilenos sobrevivientes que trabajaban en Buenos Aires, Jorge Álvarez, arrendó un departamento de cuatro habitaciones para Ramírez y declaró que esperaba que este le entregara dinero, en dólares estadounidenses, para cubrir un año de arriendo y pagar su salario. Sobre la base de estos antecedentes, considero que es probable que Jaccard haya estado llevando dinero para gastos de Ramírez. En su testimonio (JCC fojas 555), Álvarez declaró que Ramírez debía entregar el equivalente a tres millones de pesos chilenos que, al momento de su testimonio, equivalían a unos seis mil dólares. La entrega debía realizarse el 16 de mayo, un día después de la llegada de Jaccard.

dólares de cuentas bancarias de Montoneros en Ginebra y otras ciudades. La DINA había asignado a uno de sus altos oficiales del Departamento Exterior, el capitán Raúl Iturriaga Neumann, para que tomara un curso de posgrado en finanzas y economía, y a fines de 1976 fue ascendido para encabezar la Dirección Económica de la DINA —una unidad del mismo rango que el Departamento Exterior—.

Tratando de comprender la debacle años después, Canales conjetura que la DINA obtuvo sus primeras pistas sobre los planes financieros del partido a partir de los interrogatorios a los decenas de comunistas detenidos en mayo de 1976, que incluían a varias personas involucradas en la distribución de los fondos. Además, especula que la DINA estaba rastreando los pasos del círculo de empresarios judíos que se sospechaba simpatizaron o habían tenido vínculos con el gobierno de Allende —y esa investigación habría dado la pista de Stoulman—.

En Buenos Aires, el Batallón 601 (que también contaba con una unidad de investigaciones financieras) pudo vigilar con facilidad las actividades del aún legal Partido Comunista de Argentina y sus contactos con los comunistas chilenos que trabajaban en la ciudad. Tanto Ramírez como Héctor Velásquez se estaban quedando en casas de militantes comunistas argentinos, y su llegada y movimientos habrían constituido una importante información de inteligencia para traspasar a sus contrapartes chilenas.

Hay una intrigante pieza de evidencia citada en el juicio Cóndor en Chile que apunta a la temprana penetración de los planes comunistas: cuando Jacobo Stoulman viajó a Ginebra y París para reunirse con Yasha Rosenblum el 18 de noviembre de 1976, Iturriaga Neumann, el hombre de investigaciones financieras de DINA, iba en el mismo vuelo.

En Buenos Aires, el equipo de Cóndor se preparaba. El capitán Christoph Willeke era en ese momento el representante y enlace de Chile en la sede de Cóndor en calle Billinghamurst. Otro agente de la DINA, Enrique Arancibia, también realizaba tareas de Cóndor. Y, de acuerdo a los acontecimientos que siguieron, queda claro que la DINA había despachado a un equipo especial de por lo menos tres agentes, que ya estaba en terreno en Buenos Aires.

Cuando Alexei Jaccard aterrizó en Buenos Aires el 15 de mayo, ya había agentes de la DINA y del Batallón 601 posicionados para desbaratar la operación del Partido Comunista y obligar a los detenidos a conducirlos hasta el dinero.

ACCIÓN ENCUBIERTA

A su llegada a la capital argentina, Alexei se registró en el hotel Bristol, en el centro de la ciudad. Se estaba embarcando en una operación extremadamente peligrosa en terreno —dictaduras en Argentina y Chile— que no podía ser más hostil. Su entrenamiento básico en actividades encubiertas le habría otorgado algunas de las herramientas y técnicas para operar con seguridad y cumplir sus tareas sin ser detectado. Entregar un maletín lleno de dinero habría sido una de las acciones menos complicadas. Su misión incluía reuniones clandestinas en dos países, para lo cual debía memorizar los horarios preestablecidos de estas, los «santo y señas» de reconocimiento y las señales de seguridad. Transmitiría y recibiría información detallada, como códigos bancarios, números de cuentas, listas de nombres, horarios de entregas, así como decisiones e instrucciones de los dirigentes del partido en Moscú. Informaciones como esas no podían ser memorizadas, así que se debían escribir en código y llevarse ocultas en alguna cosa, como un paquete de cigarrillos o el taco de un zapato.

Una vez en Buenos Aires, trataría de cumplir las tácticas básicas. Ya fuera parte de la instrucción de la CIA, de la inteligencia militar o de la KGB, había un menú estandarizado de métodos y prácticas clandestinos: técnicas de contrachequeo, señas de reconocimiento y de seguridad y un relato (una historia

que encubriría la acción clandestina) plausible —y tal vez de varias capas— que justificara sus viajes. En ese sentido Jaccard era un aficionado, sin experiencia en el trabajo clandestino. Pero podía estar seguro de que el hombre que conocería en Buenos Aires era un profesional de las acciones encubiertas. Ricardo Ramírez, de cuarenta años, había encabezado la unidad de inteligencia del partido de manera clandestina durante dos años en Chile. Estando en el exilio en Hungría y la Unión Soviética, sin duda recibió instrucción más avanzada en espionaje y trabajo encubierto de parte de algunos de los mejores agentes que podían ofrecer los países del bloque soviético.

La historia de Jaccard era sólida y tenía la ventaja de ser mayormente verdadera. Era un empresario que iba a visitar a su anciano padre en Chile. También tenía otros parientes en Argentina. Al llegar ese día domingo, se contactó de inmediato con su hermana Tatiana. Parecía ser algo natural, a pesar de que transgredía las instrucciones en seguridad que había recibido. Un exiliado chileno, Fedor Castillo, le sirvió de ayudista para guiarlo por esa desconocida ciudad.

Jaccard y Castillo tomaron el tren en la estación Palermo para viajar hasta el suburbio de San Miguel, donde su madre, Julieta, y su hermana Tatiana con su esposo Samuel Valenzuela se alojaban en casa de un amigo. No tenían idea de que Alexei se encontraba en la ciudad. Le contaron que en pocos días más viajarían a Francia. Alexei les había estado ayudando a obtener financiamiento para el viaje de parte de una organización para refugiados con la que había trabajado en Suiza. Bromearon respecto a que estaba «vestido de rico». Llevaba puesto un elegante traje azul de tres piezas. Fue ambiguo acerca de por qué estaba en Argentina, y solo les comentó que continuaría viaje a Chile para visitar a su padre.

Cenaron en familia y se quedó a dormir esa noche. No quería preocupar a su madre, pero le dijo a su cuñado que estaba nervioso respecto de su seguridad y que pensaba que había sido seguido desde su llegada al aeropuerto. En otra transgresión a las normas de seguridad, le contó que estaba en una misión para el Partido Comunista, pero no entregó detalles.

Jaccard pasó gran parte del día siguiente haciendo cosas que no atrajeran sospechas. Almorzó con Valenzuela y Castillo y luego fue al cine. Después le pidió a Castillo que lo llevara a un barrio lejano de calles angostas y lo esperara en un parque. Jaccard regresó dos horas más tarde, diciendo que se había reunido con miembros del Partido Comunista de Argentina. Le dijo que viajaría a Chile, así que ya no necesitaría de su ayuda en Buenos Aires.

Sin embargo, aún estaba pendiente su reunión más importante, con Ricardo Ramírez. Como los comunistas argentinos estaban ayudando a Ramírez, es posible que la reunión de Jaccard con miembros de ese partido haya sido para transmitirle los detalles del «punto» con Ramírez —el lugar y la hora, las señas que identificarían a Ramírez y la señal de seguridad que ocuparía para indicar que estaba bien acercarse a él—.

Desde su llegada dos semanas antes, Ricardo Ramírez se estaba quedando en la casa de un militante del partido de Argentina, Marcos Leder. Su segundo, Héctor Velásquez, llevaba cinco meses en el país y tenía un trabajo en una fábrica de zapatos administrada por otro comunista argentino. El 16 o 17 de agosto, ambos fueron detenidos en circunstancias aún desconocidas. Lo que se sabe es que en algún momento pasada la medianoche del 17 de mayo, varios hombres arrastraron a Ramírez, apenas consciente, hasta la casa de Leder. Los hombres dijeron que Ramírez estaba borracho y lo estaban regresando a casa. Pero cuando ingresaron, quedó claro que eran agentes de seguridad, y tres de ellos parecían ser chilenos. Detuvieron a Marcos Leder y a su hijo Mauricio y se los llevaron consigo. La trabajadora doméstica, la única sobreviviente de ese allanamiento, testificó que tres de los hombres hablaban con el distintivo acento chileno que era «igual al de Ramírez».

Los dominós habían comenzado a caer. Sin saber de la detención de Ramírez, Jaccard llegó al lugar de encuentro, un kiosco de diarios cerca del teatro Ópera en la calle Corrientes. Se acercó a un hombre que

leía la revista *Readers Digest* en español frente al teatro —ese era el santo y seña acordado—. El hombre sostenía la revista en su mano izquierda, la señal de que era seguro hacer contacto. Pero era una trampa. El hombre con la revista era un agente. Ramírez había sido capturado y los agentes extrajeron esos detalles de él o de otros detenidos bajo tortura. Apenas Jaccard pronunció las palabras acordadas para establecer contacto, otros agentes lo rodearon y lo detuvieron. Lo trasladaron a un centro de interrogatorio, donde comenzaron días de torturas.

Durante las siguientes veinticuatro horas, la Policía Federal allanó los hogares de otros tres comunistas argentinos, Mario Clar, su hijo Sergio y Rodolfo Sánchez, en cuya casa se estaba quedando Héctor Velásquez (este también desapareció en circunstancias desconocidas).³ El 20 de mayo, fuerzas de seguridad secuestraron a siete miembros en la sede del Partido Comunista argentino en avenida Callao. Tres fueron liberados posteriormente, pero los otros cuatro desaparecieron: se trataba de Luis Cervera Novo, Ricardo Isidro Gómez, Carmen Candelaria Román y Juan Cesáreo Arano. La dirección de la sede era de conocimiento público, porque el Partido Comunista argentino seguía siendo legal. Todos los comunistas argentinos participaban en organizaciones de solidaridad en apoyo a los exiliados chilenos, ayudando con hospedaje y otras cosas. Se desconoce cuánto sabían, si es que sabían algo, sobre la operación financiera encabezada por Ramírez y Velásquez.

Casi todos los comunistas argentinos asesinados en la guerra sucia fueron víctimas de la Operación Cóndor —fueron blancos de la represión no por sus propias actividades políticas, sino que por su relación con izquierdistas extranjeros—.

Con la captura de tres chilenos y doce argentinos, la Operación Cóndor se trasladó al otro lado de la cordillera de los Andes, a Chile.

CUARTEL SIMÓN BOLÍVAR

La campaña de la DINA para destruir al Partido Comunista era dirigida desde una nueva base secreta ubicada en la acomodada comuna de La Reina, en Santiago. El cuartel Simón Bolívar era una propiedad de unos dos mil quinientos metros cuadrados que el coronel Contreras había comprado para hospedar a su unidad de guardia personal cuando en 1975 mudó a su familia a una gran casa a menos de un kilómetro de distancia, en avenida Príncipe de Gales. El cuartel contaba con una casa de un piso y un pequeño gimnasio y camarines adyacentes a él. Quedaba un palto de lo que quizá alguna vez fue una plantación. Altos muros en ambos costados lo separaban de un colegio básico privado a un lado y casas al otro. La dirección era calle Simón Bolívar 8630, paralela a Príncipe de Gales, ambas largas y elegantes avenidas que trepan suavemente hacia la precordillera de los Andes en el sector oriente de la capital.

A mediados de 1976, la operación en contra del Partido Comunista era la principal actividad de la DINA, y Contreras ordenó que la unidad a cargo de ella, la Brigada Delfín, se mudara desde Villa Grimaldi a Simón Bolívar. La brigada se llevó con ella al prisionero más importante en su poder, el dirigente del partido Víctor Díaz. El nuevo cuartel recibió un continuo flujo de dirigentes comunistas, capturados en sucesivos allanamientos y operativos en julio, agosto y diciembre de ese año. A diferencia de lo que ocurrió en Villa

³ Los registros judiciales señalan como fecha de la detención de Jaccard el 16 de mayo, pero no hay testigos del arresto. Considero que el 17 de mayo es la fecha más probable. Ramírez fue visto en custodia de agentes chilenos alrededor de las dos de la madrugada el 17 de mayo, y fue su detención la que permitió que los agentes argentinos y de la DINA pudieran montar la trampa para Jaccard en la reunión que debía tener con Ramírez. Fedor Castillo, ayudista de Jaccard, atestiguó que estuvo con Jaccard durante al menos un día y medio, partiendo con la visita a su madre y hermana. Según la cronología señalada por él, Jaccard se encontraba aún en libertad hasta al menos el mediodía del martes 17 de mayo.

Grimaldi, ninguna persona interrogada y torturada en Simón Bolívar salió con vida. Los guardias y oficiales que fueron persuadidos a prestar testimonio en investigaciones judiciales revelaron su existencia en 2005. Lo describieron como un lugar de extremo salvajismo y perversión. Una agente mujer admitió que era su tarea ejecutar a prisioneros a través del suministro de inyecciones; dijo que a menudo vio cinco o seis «paquetes» —cuerpos envueltos en sacos atados a pesados rieles— en la cancha de baby fútbol afuera de la casa principal.⁴

El comandante a cargo, el capitán Juan Morales, testificó que regularmente observaba las sesiones de tortura que se realizaban en los camarines detrás del gimnasio donde los soldados almorzaban y jugaban ping pong. Morales y varios otros dijeron que luego de la llegada de la Brigada Delfín, el cuartel se convirtió en un «centro de exterminio», por orden de Contreras y Pinochet.

Alexei Jaccard, Ricardo Ramírez y Héctor Velásquez llegaron a Simón Bolívar alrededor de una semana después de su captura en Buenos Aires. Tres suboficiales que servían de guardias no les sabían los nombres a Ramírez y Velásquez, pero se refirieron a ellos como «los húngaros», porque eran comunistas exiliados en Hungría y tenían pasaportes de ese país. Tenían recuerdos más nítidos del alto y delgado hombre de finos rasgos que eventualmente identificaron en fotos como Jaccard.

Agentes de Delfín trasladaron a Alexei en la maleta de un auto desde Mendoza. Los guardias dijeron que había sido torturado severamente en Argentina, y eran tan graves las quemaduras en sus glúteos —quemados con planchas eléctricas— que debió recibir tratamiento médico. Aún mientras sanaba de esas heridas, era sometido a otras torturas por oficiales de Delfín, dirigidos por el capitán de Ejército Germán Barriga y el capitán Ricardo Lawrence, oficial de Carabineros agregado a la DINA. La trágica pero inexorable realidad es que el interrogatorio bajo sistemáticas torturas casi siempre funciona, y los prisioneros cuentan lo que saben. En este caso, Ramírez, Velásquez y Jaccard poseían la información que podía conducir a la DINA al tesoro del Partido Comunista.

Ramírez conocía las identidades de los hombres a cargo de la distribución del dinero en Chile —eran Ruitter Enrique Correa, dirigente sindical y militante comunista por más de treinta años, y Hernán Soto Gálvez, quien antes del golpe había trabajado con Américo Zorrilla en la administración financiera del partido—. Desde el golpe, Correa operaba como «buzón» para recibir y entregar dinero a la estructura clandestina desde su kiosco de diarios en Alameda con Amunátegui, en el centro de Santiago y a una cuadra del bombardeado Palacio de La Moneda. Jaccard también tenía la información previamente acordada —señas de reconocimiento y de seguridad— para tomar contacto directo en Santiago con Jacobo Stoulman, el único hombre con acceso a las cuentas bancarias internacionales del partido.

Correa fue el primero en caer. El 27 de mayo, dejó a su esposa a cargo del kiosco y le dijo que se iba a almorzar. Dos días más tarde, su maltrecho cuerpo fue sacado del río Mapocho y enviado a la morgue, donde su familia pudo identificarlo algunos días después. Correa le había asegurado a su familia que se había desligado del partido después del golpe, pero también le advirtió a su hijo que si alguna vez caía preso, «era hombre muerto».

⁴ El conocido capitán de la DINA Armando Fernández Laríos formaba parte del equipo en el cuartel. Los guardias declararon que Fernández participó en orgías de crueldad, bajo efecto de las drogas, matando prisioneros con un corvo. Michael Townley también fue reconocido en el lugar por los guardias que atestiguaron. Varios de ellos recordaron nítidamente que Townley llevó gas sarín en un pequeño frasco para probarlo como sustancia letal. Según estos relatos, Townley roció el veneno en el rostro de dos detenidos peruanos sospechosos de espionaje. Los prisioneros, que nunca han sido identificados, murieron de inmediato, pero Townley gritó que tal vez algo de sarín le había salpicado encima. La «enfermera» del recinto, Gladys Calderón Carreño, cuyas tareas incluían ejecutar a prisioneros con inyecciones letales, trató a Townley, quien no sufrió daños.

A esas alturas, el objetivo de la DINA era el dinero, no los militantes del partido. Ya había requisado los veinte mil dólares de Jaccard y un monto similar de Ramírez, pero sabían que el verdadero premio estaba en las cuentas bancarias internacionales, y que, para llegar a ellas, necesitaban a Jacobo Stoulman. No se sabe cómo Stoulman comenzó a caer bajo el radar de la DINA —tal vez por su vinculación con judíos pro-Allende—, pero como sea que haya sucedido, a mediados de mayo, la DINA lo tenía fijamente en la mira como su principal blanco. Aun así, la Brigada Delfín decidió no detenerlo en Chile.

Stoulman había sido informado que Jaccard —o más bien, el enlace del partido enviado desde Europa— llegaría en cierta fecha, y le entregaron las señas de seguridad para el encuentro. Se preocupó cuando el contacto no apareció, pero no supo de las detenciones en Buenos Aires ni del secuestro de Correa en Chile.⁵ Por lo que se sabe, Stoulman no le contó a sus socios en Cambios Andes ni a miembros de su familia que estaba montando canales de financiamiento para el Partido Comunista. Pero en esos últimos días, mostró señales de nerviosismo.

Habían sucedido acontecimientos extraños.

Dos hombres habían llegado por separado, uno y luego el otro, al local cambiario en calle Agustinas para retirar dinero. Stoulman le entregó el dinero al primer hombre, pero cuando el segundo solicitó lo mismo, y se le informó que alguien ya lo había retirado, le dijo a Stoulman «que había firmado su sentencia de muerte». Miembros de la familia especularon después que la segunda persona tal vez era Correa y que la primera, alguien de la DINA fingiendo ser él.

Los empleados notaron que la oficina estaba bajo vigilancia y que alguien les tomaba fotos al lugar y al propio Stoulman desde un hotel al otro lado de la calle. Este dijo que sabía de la vigilancia. Le comentó a su socio Enrique Chamorro que tenía que viajar a Buenos Aires y quería asegurarse de que estaría seguro. Chamorro lo convenció de consultar con amigos en el Ejército para chequear que no estuviera en problemas. Stoulman y Chamorro se reunieron con el general Luis Danús, quien estaba casado con una sobrina de Chamorro. Danús los tranquilizó, según este. «Él me respondió que me quedara tranquilo y que si no había sido detenido Jacobo era porque no lo andaban buscando».

El 29 de mayo, Stoulman y su esposa, Matilde Pessa, tomaron un vuelo a Buenos Aires. Stoulman adujo varias razones para hacer ese viaje: motivos personales, que debía reunirse con alguien de Aerolíneas Israelíes o que portaba una carta de presentación para el cónsul israelí en Buenos Aires para hablar sobre un negocio de importación de armamento israelí a Chile. Su esposa armó una cita para cenar con otra pareja de chilenos que también planeaban estar en Buenos Aires en esas fechas. Dejaron a sus tres hijas adolescentes, Alejandra, Sara y Jenny, al cuidado de su abuela.

Cuando el vuelo de Braniff aterrizó en el aeropuerto Ezeiza, el avión tomó una pista lateral en vez de dirigirse hacia la puerta de desembarque. A los pasajeros se les pidió descender con sus documentos en mano. Un hombre que caminaba detrás de Stoulman y su esposa notó a un grupo de hombres de civil que observaban la fila de pasajeros. «Ahí están,» dijo uno de ellos, apuntando al matrimonio. Sin causar ninguna conmoción, les pidieron a los Stoulman ingresar a un vehículo y partieron con ellos.

⁵ El jefe del equipo era Carlos Fuchslocher, un veterano activista clandestino que se encontraba en Santiago participando en la abortada operación, pero que logró evitar la detección. En su testimonio, dijo que se comunicó regularmente con la dupla Ramírez-Velásquez en Buenos Aires a través de un agente encubierto de Alemania Oriental en Santiago que conocía con el nombre de Eugen. Al momento de enterarse del secuestro de Ramírez, dijo, ya era demasiado tarde para alertar a Correa y Soto. Fuchslocher señaló que no supo sobre el rol de Stoulman debido a la compartimentación. Testimonio de Fuchslocher en JCC, 16 de abril de 2010, fojas 11889 y siguientes.

Por cierto, el viaje estaba directamente relacionado con los asuntos bancarios con el Partido Comunista. Según David Canales, Stoulman iba a Buenos Aires en un inútil intento por salvar la nueva red y rescatar el dinero depositado en Cambios Andes. Canales, uno de los dirigentes comunistas que participaron en la planificación, entrevistó a los sobrevivientes posteriormente para tratar de reconstruir lo sucedido:

Lo que realmente lo impulsó [a viajar] fue saber que la DINA y sus cómplices argentinos intervinieron en esos días Cambios Andes e incautaron sus fondos en Buenos Aires. Montaron un aparataje de control desembozado y amenazaron a sus socios comerciales, que le quitaron su apoyo. En esas circunstancias, viajó a Buenos Aires a intentar recuperar su propio dinero invertido allí y el dinero que los comunistas chilenos depositamos en sus cuentas en Argentina en 1977, que él hizo aparecer como depósitos de diferentes clientes de su rubro habitual. Así lo capturaron.

Stoulman parece haber caído en una trampa montada por fuerzas coordinadas argentinas y chilenas. Los movimientos de la pareja a partir de ese momento fueron orquestados por los agentes que los tenían cautivos. Stoulman y su esposa no llegaron al hotel donde tenían reserva ni a la cena con sus amigos. Sus socios y familiares en Santiago mantuvieron la esperanza de que se tratara de un secuestro por rescate. Un miembro de la familia llamó a uno de los inversionistas de Stoulman que vivía en Buenos Aires, Gabriel Seferian, y le pidió buscar al matrimonio en otro hotel, el Winston Palace. Seferian encontró sus nombres en los registros del hotel, pero el empleado de recepción dijo que ya habían partido a Montevideo. (Winston Palace era en realidad una fachada para el Batallón 601, cuya sede se ubicaba en la intersección de calles Callao y Viamonte. Había sido utilizado para recluir a otros detenidos de Cóndor, pero eso se supo muchos años después.)

El gobierno suizo y organizaciones judías estadounidenses hicieron grandes esfuerzos para investigar las desapariciones. Para no dejar rastros, los agentes de inteligencia argentinos y chilenos fingieron la partida de Jaccard y de la pareja Stoulman desde Argentina por medio de manifiestos de la compañía aérea, registros fraguados en el hotel y documentos de inmigración falsos. Los documentos falsos «demostraban» que Jaccard había viajado a Chile pocos días después de ser arrestado y luego partido desde Santiago a Uruguay. Otros registros fraudulentos también pretendían demostrar que el matrimonio Stoulman había arribado a Montevideo.

En las semanas que siguieron, más de una docena de cheques y órdenes de pago, con la firma verdadera de Stoulman, llegaron a Cambios Andes. Cada uno era por el monto máximo de retiro autorizado: cinco mil dólares. Algunos de los cheques fueron objetados, pero el banco de la compañía en Nueva York pagó al menos treinta mil dólares con la esperanza de que Stoulman fuera liberado. Amigos y socios con credenciales pro-Pinochet hicieron algunas averiguaciones; la empresa contrató a dos abogados con buenas conexiones para viajar a Argentina. Uno de ellos, Ambrosio Rodríguez —a quien diez años más tarde Pinochet nombraría como procurador general de la República—, contactó a uno de los hombres de la DINA en Buenos Aires, Enrique Arancibia, quien consultó con sus fuentes en el Batallón 601. Estas, a su vez, le informaron que los Stoulman «fueron entregados a funcionarios DINA».

Nunca se ha podido confirmar si los Stoulman pasaron por Montevideo o no. Pero la información de Arancibia era correcta. La pareja fue trasladada a Chile y asesinada allí. Probablemente fueron mantenidos en el cuartel Simón Bolívar, aunque ningún militar dispuesto a prestar testimonio recuerda haberlos visto en el lugar.

La última víctima de la campaña de Delfín fue Hernán Soto Gálvez, también integrante del equipo de finanzas del partido. En los primeros días de junio fue al aeropuerto a recoger a alguien que llegaba desde Buenos Aires, pero le dijo a su familia que sospechaba de algo. No obstante, siguió adelante con la reunión

secreta previamente arreglada, para la cual el santo y seña era una botella de vino Gato Blanco. De camino a la reunión el 7 de junio, fue secuestrado por dos hombres en un vehículo.

La sombría evidencia del destino final de los Stoulman y de Ramírez emergió décadas después. En 2001, en el transcurso de una investigación judicial, se ordenaron excavaciones en una mina abandonada en Cuesta Barriga en busca de restos humanos. En 2015, con el uso de exámenes de ADN, se identificaron entre los restos a Jacobo Stoulman, su esposa Matilde Pessa y Ricardo Ramírez. En total fueron dieciséis las personas asesinadas en la operación para confiscar el dinero del Partido Comunista: nueve en Argentina y siete en Chile. Fue tal vez la operación Cóndor más grande de la DINA y la única dedicada al Partido Comunista.

Según David Canales, todos los fondos del partido manejados por Stoulman —al menos un millón de dólares— fueron requisados de cuentas de Cambios Andes, junto con otros montos elevados, aunque indeterminados, que fueron retirados desde cuentas a nombre de clientes que habían invertido dinero en la empresa de Stoulman.

Nunca se encontró rastro de Alexei Jaccard, aunque fue el prisionero sobre el cual los guardias tenían más recuerdos detallados. Uno de ellos, Eduardo Oyarce, identificó a Jaccard y a Héctor Velásquez en fotos. El guardia Guillermo Ferrán también reconoció a Jaccard en una foto, diciendo que era la persona que fue detenida con veinte mil dólares y con planes de reunirse con comunistas en Chile. Ferrán relató que Jaccard y Velásquez estaban en la misma celda y crearon un juego de ajedrez con papel, para pasar el tiempo. Agregó que Jaccard permaneció ahí durante más de un mes y todos lo conocían. Incluso que usó sus habilidades de carpintero para construir una cabaña más cómoda para los guardias. Con él, los guardias hallaron momentos de humanidad, y hasta de cariño, en un lugar dominado por la crueldad y la muerte:

Puedo indicar que creo que todos en la guardia nos encariñamos con él. Participaba en actividades con nosotros, como el ping-pong y el baby fútbol. Conversamos varias veces con él, de hecho cuando estaba construyendo la cabaña para la guardia, nosotros teníamos que vigilarlo y ahí hablamos mucho, nos contaba sus cosas y desarrollamos una especie de amistad. Para mí el caso de Jaccard me marcó, ya que en mi opinión no había razón para matarlo y además me había encariñado con él.

A tanto llegó la confianza que teníamos con él, que nos mostró la foto que tenía de su novia, que usualmente mantenía oculta. Siempre nos decía que quería volver a verla y que la echaba de menos, y decía que menos mal que había venido él, porque si hubiera venido ella, le hubiera pasado lo mismo. Recuerdo que varias veces se quebró cuando hablaba de ella.

Una mañana Ferrán llegó a su trabajo y Jaccard ya no estaba. Otro guardia dijo que el equipo Delfín lo había asesinado con el gas sarín con el que Townley había experimentado en el cuartel.

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Durante muchos años, el Partido Comunista guardó silencio respecto de lo sucedido. En la época, un funcionario del partido solo informó a Paulina Veloso que la operación había salido mal y que Alexei estaba desaparecido. Le pidieron decir que Alexei había viajado a Chile por motivos personales y no comentar nada respecto de lo que ella sabía sobre su misión para el partido. Recién en los noventa supo por periodistas que reportaban sobre el caso que la desaparición de Stoulman era parte de la misma operación. Demoró años en establecer la verdad. La DINA había difundido una versión falsa de que Stoulman estaba involucrado con el financista judío argentino David Graiver, quien había sido acusado del

lavado de decenas de millones de dólares para los Montoneros. Miriam, la hermana de Stoulman, les repitió esa historia a las tres hijas de los Stoulman-Pessa y a otros.

Veloso quería saber lo que realmente había pasado y que se supiera la verdadera historia: que Alexei se encontraba en una misión política y que su participación era una de las luchas históricas de la resistencia. Conversó con David Canales y este le comenzó a contar toda la historia sobre el frustrado esfuerzo del partido por crear una red de financiamiento. Canales prestó declaración cuatro veces en el juicio Cóndor, y compartió nuevos detalles sobre la operación con este autor.

«Fue necesario describir qué hacíamos en tanto se nos perseguía, nos cazaban y nos aniquilaban», dijo. Mantener el secreto, explicó, reforzaría la narrativa falsa de la dictadura, asumida en cierta medida hasta por los investigadores judiciales, de «que la actividad de los luchadores antifascistas era oscura, secreta, porque sus fines eran horribles, antihumanos, terroríficos, inconfesables». Se convenció de que las acciones de quienes perecieron debían ser plenamente transparentadas. «En cuanto a mí —agregó—, fui educado en la escuela en que los objetivos y medios de los luchadores por la democracia y el socialismo son legítimos, abiertos y deben ser difundidos al mundo entero». Paulina Veloso fue la intermediadora para reunir a las familias de las víctimas con el propósito de presentar una querrela criminal en 2000, que se convirtió en parte clave del juicio Cóndor.

Con esta transparencia de parte de las víctimas, los secretos más oscuros que se mantienen son aquellos guardados por los militares, que protegen su culposo conocimiento de sus atroces crímenes y cómo lucraron con ellos. Los oficiales militares que impartieron las órdenes y diseñaron las operaciones de Cóndor se han negado a hablar de manera abierta sobre los planes y resultados de sus acciones. Nunca se ha revelado cómo los socios Cóndor lograron penetrar los planes comunistas y actuar para anularlos mientras se desarrollaban.

Por lo tanto, debe decirse que el trabajo transnacional de las fuerzas de seguridad militares nuevamente asestó una seria derrota a una gran fuerza de resistencia pacífica antidictatorial.⁶ En lo que fue tal vez la mayor operación Cóndor que se haya emprendido, las fuerzas conjuntas de seguridad utilizaron el espectro completo de sus métodos y fases: el intercambio de inteligencia, equipos multinacionales para la vigilancia, detención e interrogatorio y el traslado transfronterizo de las víctimas. Argentina y Chile fueron los principales actores, pero Uruguay también jugó un papel al fabricar los registros de vuelo fraudulentos de Jaccard y los Stoulman, lo cual permitió encubrir la operación y desviar la atención desde Chile y Argentina. Si en efecto la penetración ocurrió en Europa (presencia de Iturriaga Neumann en el vuelo donde viajaba Stoulman), constituiría evidencia de que la Fase 3 de Cóndor también pudo haber sido puesta en marcha.

La acción coordinada fácilmente penetró y destruyó la cuidadosamente planificada y compleja misión del Partido Comunista para reconstruir su dirección interna y restaurar el flujo financiero. Una operación multinacional de tal complejidad y ambición no estaba por sobre las capacidades organizacionales del partido, especialmente si podía contar con la ayuda y enormes recursos de la Unión Soviética y de los países del Bloque Socialista. Pero la operación clandestina del partido no podía igualar las capacidades operativas y de inteligencia de los socios Cóndor. A fin de cuentas, requería de un nivel de precisión, experticia y disciplina que los militantes comunistas involucrados no pudieron alcanzar. Los mejores cuadros

⁶ Es tal vez irónico el hecho de que Cóndor haya asestado un golpe tan demoledor al partido político chileno que constituía la más fuerte oposición, desde la izquierda, a las tácticas de lucha armada promovidas por el MIR y algunos sectores socialistas. Cuando el partido logró remontar la debacle de 1976-1977, la política de resistencia no violenta fue abandonada con la creación en 1983 del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Esta organización político-militar realizó una serie de acciones armadas, incluyendo la fallida, pero espectacular, emboscada para matar al general Pinochet en 1986. El hijo de Víctor Díaz, también llamado Víctor, que era un niño cuando su padre fue secuestrado, se unió al FPMR y participó en el atentado a Pinochet.

operativos del partido se enfrentaron a un adversario Cóndor que ya tenía vasta experiencia al cabo de su segundo año de intensa coordinación y se encontraba en su punto más álgido de efectividad.

OPERACIONES 1977-1981

La «guerra sucia» de Cóndor continuó con brutal intensidad en los países miembros, especialmente durante 1977 y 1978. En esos últimos años, las fuerzas de seguridad secuestraron en acciones coordinadas a doscientas cincuenta personas, de las cuales 161 fueron muertas. Los traslados transfronterizos se intensificaron. En esas operaciones, sesenta y nueve personas traspasaron fronteras ilegalmente: a Argentina (31), Chile (7, incluyendo a las cinco personas señaladas más arriba), Paraguay (15) y Uruguay (14). La Fase 3 de las operaciones de Cóndor fuera de Sudamérica también continuó hasta el final; hubo acciones en contra de objetivos en Europa y México, casi todos militantes montoneros o del ERP argentinos. Tres de ellos fueron asesinados.⁷

Bajo el alero del nuevo presidente de Estados Unidos, el demócrata Jimmy Carter, la inteligencia de ese país vigiló las actividades de Cóndor fuera de América Latina, y la existencia de la organización criminal se filtró a la prensa de Estados Unidos en julio de 1978. La investigación del asesinato de Letelier fue clave para revelar la Operación Cóndor. Para comienzos de 1978, los investigadores del FBI habían reunido suficiente evidencia de que la DINA chilena era la responsable del atentado en Washington

⁷ Jacobo Stouman, Naomi Gianotti y Ricardo Haidar. Stouman estaba bajo vigilancia en Europa; Gianotti fue trasladada a Madrid y asesinada allí; Haidar fue trasladado a Europa, y luego devuelto a Argentina y posteriormente asesinado.